

XXII Concurso de Microrrelatos Mineros Manuel Nevado Madrid Año 2025

Mención especial categoría absoluta: *Del silencio hasta Juan Rojas*

Pseudónimo: Azogue

Autor: Nicolás Medina Cabrera, Alicante

Reptó la noche sobre el cuerpo de Chile y el silencio en el pique El Inca se convirtió en una sombra absoluta. Ni siquiera los grillos o las vetas se atrevieron a crujiir. Y hasta el mismísimo universo sintió pena. Una tristeza insólita; un ataque de ternura cósmica. Jamás vista empatía hacia aquel ser fugaz que acababa de ser despedazado en la tráquea de una mina. Se llamaba Juan Rojas y gastaba sus días y sus fuerzas en aquellos túneles de oro asfixiado, sin sangre aurífera, gastados como momias.

El sol dio el ejemplo. Se clavó en el cielo por un instante y luego comenzó a revertir su andadura. La tierra rotó hacia el pasado y el astro emergió por el poniente violeta. Todo objeto, todo ser y todo efecto fluyó en busca de su origen.

La madre de Juan Rojas no se desmayó en el portal de su casa. Las lágrimas de la viuda del minero ascendieron desde el suelo hasta sus ojos enlodados. La radio se tragó cada minucia de la desgracia. La ambulancia retrocedió al hospital como un cangrejo albino. Y los tres huérfanos del minero dinamitado desanduvieron sus pasos hasta el campo de fútbol en medio del desierto.

Y allá en la mina, la mano izquierda fue pionera en el velocísimo proceso de resurrección. Súbitamente se despegó de un charco de sangre y levitó por la galería subterránea para reunirse con otros fragmentos. Se alió con un brazo y un hombro y después con el torso de Juan Rojas. Los ojos retornaron a sus cuencas y su cabeza se reconstituyó en el aire hediondo a pólvora, soldándose al torso, mientras las piernas rebotaban entre las piedras para congregarse con la pelvis.

Entonces llegó el momento del estruendo fatal y el resplandor alcanzó su cenit. Los encandilados mineros que observaban a cuarenta metros cerraron sus bocas. Y Juan Rojas estuvo otra vez completamente vivo y entero, con todos sus litros de sangre en el cuerpo, con cada uña intacta y cada pelo bajo el casco. Ya nunca aquel trueno blanco despedazó su humanidad, ni el sustento y el devenir de su familia. El cartucho de dinamita fue pesando menos en su cinto, igual como si fuera cualquier otra herramienta.

Salió Juan Rojas de la vieja mina, siempre dirigido hacia el ayer, en compañía de sus hermanos de faena. Iban lanzados hacia sus hogares y las frágiles vidas que dependían de su tesón y su valentía al carearse con la muerte en una guerra de siglos. Lucha soterrada y dura. Guerra por sacarle a la tierra sus secretos minerales y cambiarlos por el pan de cada día.

Los tres niños ven la espalda de su padre acercándose hacia ellos. La mujer del minero esfuma una sonrisa. El sol amenaza con detenerse y retomar su derrotero hacia el futuro.

Mención especial categoría absoluta: *El legado del azogue*

Pseudónimo: *Robleda*

Autor: *Juan Manuel Sánchez Ovejero, Arroyo de la Encimienda (Valladolid)*

1755. La mina de azogue de Almadén no distinguía entre mineral y carne. Pedro había dejado de excavar el cinabrio y ahora trabajaba en los hornos, inhalando el vapor dulce del mercurio que le quemaba la garganta. Estaba sentenciado a una muerte lenta. Era un hombre sin futuro con una deuda mortal. Pensó en aquel reloj de oro de manecillas verdes. Un robo absurdo que le costó la libertad. Lo había guardado su sobrino, su cómplice. Quizá aquel objeto, en esa España podrida, fuese la única esperanza de los suyos, o la herencia de una condena.

Pasado un siglo, Álvaro, atraído por la fiebre del oro, emigró a América. Aunque no tenía ni idea del oficio, gastó su último dólar en una mula y un mapa hacia una veta remota del Yukón. Solitario, viajaba por el Klondike con un temporal extremo. Había subestimado el frío y allí el invierno no perdona la ignorancia. Aquellos cincuenta bajo cero amenazaban su existencia. Trató de resguardarse entre los árboles, y cuando se desplomó al pie de un abeto, sus dedos engarrotados por el frío no pudieron encender una hoguera. Desesperado, buscó en su bolsillo y se aferró a aquel reloj, herencia familiar forjada con azogue y presidio. Su condena fue la misma que la de su ancestro; morir solo y sin un centavo. El oro de aquel reloj, mientras lo sostenía con su mano congelada, sería el único que vería en América.

Ochenta años y un océano después, aquellas manecillas verdes regresaron a la miseria. Un joven minero del carbón compró el reloj a un marino mercante en el puerto de Gijón. Éste le confesó que lo había adquirido de un chatarrero en Alaska. Eladio respondía así al encargo de su padre, también minero. Era la primera joya de la familia, y para ellos era un símbolo de dignidad y progreso que la mina les negaba.

En la casa olía a tisana y enfermedad. Desde la cama, Eladio tosió y escupió sobre su pañuelo. Mientras clavaba la mirada en los coágulos de polvo de carbón y sangre, oyó en las calles los gritos de sus compañeros y la consigna de la huelga. Ellos luchaban por la dignidad en la Asturias de 1968, pero él ya no se resistía a la muerte. Dejó caer la tela húmeda. Luego, ladeó la cabeza con gesto lúgubre y miró la foto de su nieta por última vez. Cerró los ojos y las voces se apagaron.

En la casa de empeño, Eva sacó del bolso el reloj de oro. Era la única herencia palpable de una vida de esfuerzo y sacrificio. Justo cuando iba a recibir el dinero, cogió su reloj y se dio la vuelta. Lo miró y comprendió la verdad. Aquel objeto era la prueba del tiempo robado a su abuelo, un precio pagado con carbón que ningún oro podía saldar. La deuda era demasiado alta para ser vendida. El reloj se quedaba en casa.

Mención especial Testimonio Histórico: *Octubre del Nalón*

Pseudónimo: Albé

Autor: Alberto Gómez Gómez, Guadalajara

Mieres, 27 de octubre de 1967. Amanecemos con octavillas en los bolsillos y las manos temblando de café y miedo. Juan Muñoz Zapico —Juanín— iba a mi lado; firme, medido. Cerca, Manuel Nevado Madrid, del Pozo María Luisa, saludaba con un apretón que parecía pasar carbón a la sangre. “Hoy no hablamos solos”, dijo Juanín; “hoy habla la cuenca”. Sabíamos que las porras también tienen calendario.

Cinco años antes, en Nicolasa, siete despedidos encendieron una mecha que cruzó galerías y cocinas; la huelgona nos enseñó a andar en silencio y a contar por compañeros. De ahí veníamos, con sirenas en la memoria y multas aún calientes.

A media mañana, frente a la Casa Sindical, los de Comisiones Obreras hicimos corro. Juanín repasó lo acordado: paro en los pozos, piquetes tranquilos, nada de provocar. Nevado asentía; había aprendido en Ciañu que la fuerza no es grito sino aguante, y que el sindicato nace donde dos obreros se ponen de acuerdo aunque no haya mesa.

Entraron los grises como si la calle fuese suya. Primero pidieron dispersar; luego empujaron; después cargaron. Las octavillas volaron como nieve tiznada. A un chaval lo encajonan contra el escaparate; a otro que gritaba “¡readmisión!” le roban el aire con un porrazo. Nos replegamos, volvimos, cerramos filas. Ese día iban a por los públicos de CCOO: detenciones, registros, la acusación de siempre —“asociación ilícita y propaganda ilegal”— oscura como una celda.

Corrió la voz: en Langreo también había lío. Bajamos por la margen del Nalón como se baja un tajo difícil, con cuidado y rabia. En la esquina de un bar, Nevado nos juntó. Juanín respondió con un gesto que los viejos conocían: el de quien no manda, organiza. Volvimos a la plaza, abrimos la pancarta y, por un instante, sonó el ruido más raro de Asturias: cientos de mineros callando a la vez.

La tarde pasó su contabilidad: cabezas abiertas, nombres de mineros que dormirían mal. A Juanín le cayó causa aquel otoño; acabaría con huesos en Oviedo, Jaén y Segovia por hacer lo que hicimos todos: dar la cara. Volvió después, terco como la hulla, a reforzar Comisiones donde hiciera falta. Los suyos le llamaban para construir; los otros, para reprimir.

De noche, repartimos pan y noticias. Nadie preguntó si había servido. En la cuenca aprendimos que hay días que no ganas nada y lo cambias todo: como abril del 62, o este 27 de octubre que nos puso nombre y sindicato a la intemperie. De esas grietas salió lo que vino después.

A veces, al pasar la mano por mi casco abollado, oigo su liturgia. Juanín: “Nadie se salva solo”. Nevado: “La fuerza es estar”. Y yo, que sólo fui compañero, doy fe: aquel día de piedra negra no lo escribieron héroes, sino un nosotros que los sostuvo, con CCOO por herramienta y la calle por taller.

Mención especial Menor de 20: *Pulmón de piedra*

Pseudónimo: *Muralla de letras*

Autora: *Jimena Pulido García, Ávila*

El polvo negro se mete en todas partes: en los ojos, en los pulmones, en los recuerdos. A veces creo que también en el alma. Nadie sale limpio de la mina, ni siquiera los que logran volver a casa. Dicen que el cuerpo se acostumbra. Yo digo que se rinde.

Bajamos cada día sin saber si volveremos a ver el cielo. El aire allí abajo es denso, pegajoso, como si la tierra no quisiera soltarnos. Como si quisiera quedarse con nosotros. El ruido del taladro es siempre igual, como nuestros días, por mucho que esperemos un cambio.

Los más jóvenes aún hablan de futuro. Guardan sus sueldos para comprar un coche, una casa, una salida. Pero no hay salida, no para nosotros. La mina te da de comer y te mata de hambre. Te da trabajo y te roba el aire. Es un trueque sucio, pero el único para nosotros.

Ayer, el túnel colapsó a dos galerías de la mía. Nadie gritó, porque todos sabíamos que no servía de nada. Solo el silencio, ese silencio espeso después del derrumbe, llenó los huecos que antes ocupaban los hombres. Los sacaron hoy, envueltos en mantas. El capataz nos dio media hora de descanso y luego, como si nada, ordenó volver al trabajo. “La producción no puede parar”, dijo. No. Tampoco los muertos merecen una pausa.

Por las noches, cuando llego a casa, Sara me pregunta si estoy bien. No sé qué responderle. Tos, ceniza, cansancio. Eso soy ahora. Antes tenía nombre, tenía risa. Ahora tengo mina. A veces me despierto sobresaltado, con el zumbido del compresor en la cabeza y el sabor a hierro en la boca. Ella duerme a mi lado y no entiende que sigo allá abajo, aunque esté en nuestra cama.

Mi hijo me mira con esos ojos que aún no conocen la oscuridad. Me dice que de mayor será como yo. Le sonrío, pero por dentro tiemblo. No quiero que herede nada de en lo que me he convertido.

Hoy bajamos, otra vez. El casco pesa, pero el miedo más. En el ascensor, nadie habla. Cada respiración es una cuenta atrás. La lámpara del compañero parpadea, y durante un segundo todos pensamos lo mismo: ¿Será hoy?

Cuando el suelo tiembla, el polvo se levanta y se hace de noche incluso con las luces encendidas. Pienso en Sara. En mi hijo. En el aire libre que no sé si volveré a respirar. Y entonces entiendo que la mina no se derrumba sobre nosotros. Somos nosotros los que nos hundimos en ella, un poco más cada día.

Aquí abajo, la vida se mide en bocanadas. Y el silencio, cuando llega, no siempre significa paz.

Mención especial Asturianu: *La nieve prieta*

Pseudónimo: *El curandero*

Autor: *Jorge Alonso Luna, Motril (Granada)*

Pá dexó de picar. Les manes, negres y dures como'l propiu carbón, quedaron quietes enriba la mesa de la cocina. Yá nun tusía pela nueche, pero'l silenciu yera agora más fondu, más pesáu que la llosa de la mina. La fame non, la fame nun callaba; rascaba les tripes con uñes de fame.

—Ye la Huelgona —xuxurrió ma, pegada a la ventana, col alendar dibuxáu nel cristal.

Ma movíase pela cocina como una pantasma, estirando'l caldu de güesos, partiendo la nada. Yá nun llavaba'l fondu de pá; el xabón tamién folgaba, guardáu enriba'l llavaderu. El golor a mina diba apagándose na casa, pero non el de la llucha.

Fuera nevaba. Pero nel nuesu valle, la nieve siempre caía d'otra color. Yera una nieve prieta, pesada, que s'agarraba a los teyaos y a l'alma. Nun yeren falopos, yera'l polvu del pozu zarráu, la escombrera de díes ensin xornal, el silenciu del mineral que nun xubía pela caña.

Vimos pasar los grises. Les sos botes de cueru resonaben nel silencio de la cai, un ecu metálicu que facía tremar el vasu d'agua enriba la mesa. Pá nun levantó la vista del hule gastáu. Namás miró les manes, eses manes que yeren mapes de sacrificiu. ApreTóles, cerró los puños, y yo supí que, anque'l pozu taba quietu, la llucha siguía ellí, naquellos nudiellos blancos pola presión, debaxo d'aquella nieve prieta. Aquel 62 aprendimos que'l silenciu del mineru yera más ruidosu que mil vagonetes.

Mención especial Asturianu: *Les figurines*

Pseudónimo: *Velea*

Autor: *Inaciu Galán y González, Xixón*

Sentáu naquel escañu que tenía na antoxana Ramón dába-y vueltes al cachín de carbón mientres lu tallaba, dando forma a cada detallín cola navayuca. Al llau d'él, posaos nel quíz de la ventana la cocina, acumulábense les figurines que diba faciendo. Aquel exércitu de moñequinos de carbón asemeyaba un xuegu de soldadinos de plomu en miniatura. Celina solía toma-y el pelo diciéndo-y qu'una oveya subiere al quíz de la ventana y emporcare too de cagarruties. Otros díes facía chancia provocándolu entrugándo-y si taba asoleyando fabes negres y si podía echales yá a la pota. Ramón sabía tomalo con gracia y echaba unes rises cola muyer.

Ella sabía qu'aquelles figures yeren importantes pa él y tamién tenía dacuando un afalagu p'aquel peculiar arte. Ramón pasaba hores y hores, díes soleyeros y otros de borrina, sentáu nel escañu faciendo figurines con tol procuru. Yera curiosu y notábase nel acabáu que-yos daba. Ramón quería seguir sintiendo'l tactu del carbón al picalo, el golor que soltaba al pasar la navaya pelos sucos que diba faciendo.

Tenía-y amor a la mina, anque cada nueche volvíen les velees que lu devolvíen al pozu. Al rematar la tarde Celina ayudábalu a subir a la siella y a metelu na cama. Yera entós, naquellos sueños espantibles, cuando Ramón volvía sentir les piernes que-y amputaren tres l'accidente, pero tamién cuando atopaba a los compañeros que nunca pudieron salir del pozu onde acabaron enterraos vivos.

Ramón nun podía dexar de pensar naquel turnu murniu que terminó en traxedia, anque sabía que yera afortunáu. Ellos nun podíen yá nin siquiera tallar figurines. Por eso nun dexaba de facelo, yera la so forma d'honralos.